Universidad Veracruzana

Clivajes
Revista de Ciencias Sociales

Mariana Marín Ibarra
Coordinación Institucional de Igualdad de Género
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
clasedeetica@hotmail.com
ORCID ID: https://orcid.org/0000-0002-0599-4732

¡Marcho al enemigo y quién sabe si vuelva! La migración de los húsares en el Segundo Imperio Mexicano

doi: 00.00000/clivajesrcs.i00.0000

Fecha de recepción: 4/05/2026 Fecha de aceptación: 28/06/2026

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales. Número 21, agosto-diciembre 2024, pp. 58-77
https://clivajes.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/0000/0000
Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana

CC BY NC ND

¡Marcho al enemigo y quién sabe si vuelva! La migración de los húsares en el Segundo Imperio Mexicano

Autora:
Mariana Marín Ibarra
Coordinación Institucional de Igualdad de Género
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
clasedeetica@hotmail.com
ORCID ID: https://orcid.org/0000-0002-0599-4732

Resumen
Cuando Maximiliano aceptó el trono de México se vio obligado a renunciar a sus títulos y a la posibilidad de convertirse en emperador del imperio austro-húngaro, el único apoyo que le otorgó su hermano Francisco José fue la creación de un cuerpo de voluntarios austriacos con el propósito de que lo acompañasen. La presente investigación atiende a esa migración militar ordenada, sistematizada y selectiva, reconstruyendo la historia de México y Francia a partir de complejos procesos globales que atienden el desarrollo de reclutamiento, el traslado a las exóticas tierras mexicanas hasta llegar a la ciudad de Puebla donde se estableció el cuartel austriaco y las sensibilidades de los citadinos desdeñaron a los austriacos y abrazaron a los franceses, considerados como símbolo de la civilidad y el progreso, como lo demostró el caso Farkas; y, finalmente, se brinda una mirada general a su repatriación urgente y forzosa.
Palabras clave: migración, militares, extranjeros, siglo xix, imaginarios.

I march to the enemy and who knows when I will return! The migration of hussars in the Second Mexican Empire

Abstract

When Maximilian accepted the throne of Mexico, he was forced to renounce his titles and the possibility of becoming emperor of the Austro Hungarian Empire. The only support his brother Franz Joseph offered him was the creation of a corps of Austrian volunteers to acompany him. This research examines that orderly, systematic, and selective military migration, reconstructing the history of Mexico and France through complex global processes. It considers the development of recruitment, the tropos journey to the exotic Mexican lands, and their arraival in the city of Puebla, where the Austrians and embraced the French, considered a symbol of civility and progress, as demonstrated by the Farkas case. Finally, the research provides an overview of their urgent and forced repatriation.
Key words: migration, military, foreingners, 19th century, imaginay

Je pars me battre contre l'ennemi et qui sait si je reviendrai ! La migration des hussards dans le Second Empire Mexicain

Résumé

Lorsque Maximilien accéda au trône du Mexique, il fut contraint de renoncer à ses titres et à la possibilité de devenir empereur de l'Empire austro-hongrois. Le seul soutien que lui apporta son frère François-Joseph fut la création d'un corps de volontaires autrichiens pour l'accompagner. Cette recherche examine cette migration militaire ordonnée, systématique et sélective, reconstituant l'histoire du Mexique et de la France à travers des processus mondiaux complexes. Elle analyse le développement du recrutement, le voyage des troupes vers les terres exotiques du Mexique et leur arrivée à Puebla, où fut établi le quartier général autrichien. Les habitants de la ville, hostiles aux Autrichiens, accueillirent favorablement les Français, perçus comme un symbole de civilisation et de progrès, comme le démontra l'affaire Farkas. Enfin, la recherche présente un aperçu de leur rapatriement urgent et forcé.
Móts clés: Migration, militaire, étrangers, XIX^e^ siécle, imaginaire.

INTRODUCCIÓN

La intervención francesa realizada a México en la segunda mitad del siglo XIX culminó con la instauración del Segundo Imperio y para gobernarlo se ofreció el trono a un descendiente de la familia de los Habsburgo.

Cuando Maximiliano aceptó el trono de México se vio obligado a renunciar a sus títulos y a la posibilidad de convertirse en emperador del imperio austro-húngaro, el único apoyo que le otorgó su hermano Francisco José fue la creación de un cuerpo de voluntarios austriacos con el propósito de que acompañasen al nuevo emperador en su cometido de reinar un país extraño y fueran su punto de apoyo como grupo militar más cercano, pues los franceses lo eran únicamente por política y diplomacia; en cambio, los austriacos cuidarían a su líder. Por su parte, el rey Leopoldo I de Bélgica, ofreció a su hija Carlota un ejército encargado de protegerla y se le denominó Ejército de la Emperatriz, el cual se pretendió fusionar con los húsares, objetivo que nunca se llevó a cabo.

La migración que se expondrá a continuación es una migración militar, ordenada, sistematizada y selectiva. A pesar de que se menciona que es austriaca, el cuerpo de voluntarios se compuso por hombres provenientes diversas regiones del imperio austro-húngaro, quienes al formar parte del ejército se convirtieron en un solo conglomerado.[1]

La presente investigación tiene por objetivo reconstruir la historia de México y Francia a partir del proceso migratorio que se generó con el ejército de húsares, con una mirada completa y compleja sobre su reclutamiento en Europa y el traslado a las exóticas tierras mexicanas, siendo Puebla el lugar designado para su base militar.

Para reconstruir el presente fragmento del Segundo Imperio Mexicano se brinda una mirada general a los trabajos históricos sobre militares que vivieron dicha etapa convulsa. Posteriormente se realiza la propuesta teórico-metodológica en el análisis de las fuentes, para revisar la construcción del ejército, las vicisitudes que pasaron en México. Se profundiza en el caso judicial del soldado Farkas y, finalmente, se presenta la repatriación como consecuencia del fusilamiento del Emperador Maximiliano.

[1] El imperio austro-húngaro se formó en 1867, pero como se verá, desde años anteriores existía una constante migración de personas entre Austria y lo que años después se anexaría a ella para formar el imperio. De tal manera que dicho territorio se conformó por los países de Austria, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Bosnia Herzegovina, Croacia, Eslovenia y parte de Serbia, Montenegro, Polonia, Rumania, Ucrania e Italia. La diversidad de territorios motivó que tres fueran los idiomas oficiales: alemán, húngaro y latín, pero tambiétn se hablaba checo, polaco, esloveno, ucraniano, rumano, eslovaco e italiano, esto sin mencionar los diversos dialectos existentes en cada región.

REDOBLANDO LA MARCHA EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL SEGUNDO IMPERIO

Reconstruir el siglo XIX mexicano es de un reto importante, pues fue un tiempo de gran efervescencia social, política, económica y administrativa. Las etapas intervencionistas fueron un factor más que se sumó a la inestabilidad existente causada por las batallas intestinas entre liberales y conservadores, por ello, reconocer la Intervención Francesa en México no solo apoya la reconstrucción del pasado nacional que, necesariamente, debe insertarse en una historia global más compleja, debido a que la interacción entre ambas naciones es indiscutible ante el proyecto intervencionista napoleónico.

Acercarse a la historia del Segundo Imperio Mexicano implica generar herramientas teórico-metodológicas que ayuden a la reconstrucción del pasado y, para ello, Erika Pani, en su obra *El Segundo Imperio. Herramientas para la historia*, plantea contundentemente la forma en que se han llevado a cabo las investigaciones historiográficas, atendiendo a cuatro visiones: la escritura de las personas que vivieron en la segunda mitad del siglo XIX; la historia que se construyó como versión oficial decimonónica; los textos que se generaron a lo largo del siglo XX y nuevas directrices planteadas en el siglo XXI.

De esta manera se reconocen textos importantes sobre las miradas de militares extranjeros que al formar parte del ejército de húsares, evidenciaron las diferencias geográficas, culturales, sociales y políticas en sus textos, cartas, diarios, etc. Son estos breves rompecabezas del pasado que se debaten entre romantizar el legado natural y exótico de la región con sus abundantes recursos naturales, su comunidad y cultura indígena en oposición a las desventajas que los mestizos –pensados como descendientes de los españoles– crearon en la región, y necesitados de la civilización buscaron en Europa un ejemplo a seguir.

Son escasos los estudios que develan la participación de los ejércitos extranjeros en México durante el Segundo Imperio. Se realizó el rescate de documentación militar con base en la compilación de Ernesto de la Torre Villar (1998), quien muestra diversos documentos referentes a la intervención militar en su libro *La intervención francesa a través de la correspondencia de sus mariscales.* En un estudio más profundo, Luis Everaert Dubernar (2004) examina *La Desunión del ejército plurinacional del Imperio Mexicano,* donde se presenta de forma tajante la inexistencia de lazos de hermandad y convicción para la defensa del incipiente Imperio Mexicano, de ahí el fracaso de su creación y desempeño; en tanto, Clementina Díaz y de Ovando (1988) devela el contexto intervencionista de la época en su fase de rendición con *El perdón de los belgas o el canje de los prisioneros belgas, 1865*, desde la perspectiva artística.

Uno de los esfuerzos investigativos más arduos que se ha realizado respecto al rescate de los militares extranjeros es obra de Konrad Ratz (2008) en su libro *Tras las huellas de un desconocido, nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo,* estudio en el que se busca reinterpretar el imperio de

Maximiliano a través de fuentes novedosas escritas en alemán y húngaro, rescatando testimonios de militares y viajeros, donde además se proporciona un capítulo para hablar del ejército de húsares.

Partiendo entonces del panorama mostrado con anterioridad, se acudió a la propuesta realizada por la historiadora Brigitte Hamann (1989) en su libro *Con Maximiliano en México: del diario del príncipe Karl Kevenhüler*, donde se expresa la necesidad de que se realice un trabajo más profundo sobre los problemas y actividades que pasaron los húsares en el territorio mexicano. La idea se retomó considerando que el cuartel general del ejército de húsares se estableció en la ciudad de Puebla con el propósito de estar cerca del emperador y volverse su brazo derecho. Así, las fuentes del Archivo Histórico Judicial y del Archivo Histórico del Ayuntamiento de Puebla fueron indispensables para profundizar en la investigación.

UNA MIGRACIÓN ORDENADA Y ESPERADA

La perspectiva global ha comenzado a evidenciar la importancia de enlazar la historia de las personas que, ante las vicisitudes de su contexto, desdibujan las fronteras geográficas e imaginarias, con el fin de mostrar los lazos ideológicos, políticos y culturales que se gestan a partir del entramado humano.

En torno a la noción de cismas históricos a través del movimiento poblacional, Hernández e Higareda (2018) mencionan que las migraciones intercontinentales poseen cuatro momentos de cismas para poder diferenciarlas: 1) el periodo mercantil de 1500 a 1800 con sus respectivos procesos de colonización, mercantilización y crecimiento económico; 2) el periodo industrial que abarca del siglo XIX hasta 1925; 3) el de migración limitada que atiende a la Primera Guerra Mundial; 4) el de migración post industrial de 1960 hasta la actualidad. La migración militar de los húsares se ubica en el periodo industrial, sin embargo, esta propuesta de conceptualización histórica atiende más a procesos económicos que de expansión territorial, pues lejos de reconocer un movimiento poblacional influenciado por el trabajo o las nuevas tecnologías decimonónicas, más bien, fue impulsado por el desarrollo de imperios que intentaron buscar una nueva ola expansionista.

De acuerdo con McNeill, el análisis del movimiento humano requiere de acercarse a la construcción global de redes sociales, en este caso la migración militar, en la que se reconocerán los lazos de cooperación y rivalidad, hasta la influencia de la acción humana ya que

> es una serie de conexiones que ponen a unas personas en relación con otras. Estas conexiones pueden tener muchas formas: encuentros fortuitos, parentesco, amistad, religión común, rivalidad, enemistad, intercambio económico, intercambio ecológico, cooperación política e incluso competición militar (McNeill, 2004, p. 10).

Al hablar de emigrantes es indispensable mencionar que estas personas poseen su propia lengua, cultura, economía, visión política, etc., tienen una identidad forjada, distinta a la de la sociedad receptora, lo que genera mecanismos de interacción o rechazo a partir de ese contraste de identidades. Lo mismo sucede con la idea de nacionalismo de quienes migran y la concepción de ese tema en los lugares a los que llegan.

La migración que atiende la presente investigación, además de ser internacional, también es intercontinental. Por ello se considera que la propuesta teórica de la nueva economía es de las más relacionadas con el éxito de los húsares, debido a que plantea que "no es el individuo aislado quien toma la decisión de emigrar, sino una unidad extensa de personas relacionadas entre sí" (Hernández Ceja e Higareda Rangel, 2018, p. 210).

Cabe destacar que la llegada del ejército extranjero produjo opiniones ambivalentes, pues mientras los liberales la consideraron como un atentado a la construcción del Estado-nación, los conservadores lo vieron como un acto político importante para forjar un imperio.

En las propuestas generadas por la historia global y la migración, pareciera que la mirada eurocentrista priva y la visión de América Latina queda de lado. Es por ello que al indagar en la migración militar organizada de los húsares resulta necesario forjar una memoria compartida entre Francia, Austria-Hungría y México. Como menciona Erika Pani, la necesidad de historiar este suceso radica en tres elementos: su historia rebasa lo nacional para insertarse en lo europeo y particularmente en el caso francés; fue un régimen de excepción y lucha en la memoria colectiva de México; y sus políticas sociales y culturales marcaron una originalidad en la gobernanza decimonónica (2004, p. 21).

Así mismo, se retoma la importancia de atender a las sensibilidades y pasiones mencionadas por Norbert Elías, quien establece que "los conceptos efectivamente empleados por los grupos marginados como medios de estigmatización pueden variar de acuerdo con las características sociales y las tradiciones de los grupos implicados" (1998, p. 95). Tales conceptos teórico metodológicos se aplicaron en la presente investigación debido a que el ejército intervencionista fue señalado y estigmatizado a partir de la sus características físicas notoriamente distintas de las mexicanas, así como por el uso de un uniforme ostensiblemente ajeno al contexto de la ciudad de Puebla.

Las minorías también poseían características diferentes en el imaginario social mexicano, no fue igual el trato que la población brindó a los milicianos franceses que a los austriacos. Mientras los primeros recibieron un trato preferencial, a los segundos se les vio como bárbaros: "en el caso de diferenciales de poder muy grandes y de la correspondiente fuerte opresión, grupos marginales son vistos con frecuencia como sucios" (Elias, 1998, p. 100), imaginario patente en la documentación de la presente investigación.

En el entramado histórico del este trabajo, teniendo como base fuentes judiciales, fue indispensable recurrir a las propuestas de Arlette Farge, ya que estudiar el delito se puede indagar respecto a "los roles según el género, las diferencias en el discurso, las características propias de sus palabras,

solidaridades, la complejidad de las relaciones, el poder de los actores, su papel en el ámbito público y privado" (Farge, 1991, p. 23) actividades y actitudes que se observan fehacientemente a través de los testimonios de los húsares, quienes develan las diferencias sociales y sensibilidades percibidas en quienes los rodearon.

Entre los aportes más novedosos que ofrecen los documentos judiciales es que en sus manuscritos se puede conocer lo que en otro tiempo se consideró aceptable o reprobable, la complejidad de las relaciones sociales y la forma en que se relacionaban lo privado con lo público.

EL ESPÍRITU DEL RECLUTAMIENTO

En 1864 el Imperio Austro-húngaro hizo un llamado a la población para solicitar hombres fuertes que desearan formar parte del cuerpo de voluntarios. A pesar de que la Convención que se realizó entre Austria y México estipuló la formación de una armada que cuidara los litorales del imperio con trescientos hombres como máximo y de un ejército que se encontrara en tierra integrado por 6,000 soldados, la respuesta a la convocatoria fue tan exitosa que el ejército partió con 545 personas de más, en tanto que la marina no logró ser concretada (Hamann, 1989, p. 64).

Los reclutas que conformaron el cuerpo de voluntarios necesitaban cubrir ciertas características como buena conducta, hallarse solteros, no contar con más de 40 años, ser fuertes y de religión cristiana; únicamente se destacó que el servicio en México duraría por lo menos seis años. Entre los incentivos que se ofrecieron a los voluntarios estaban un salario más alto del que tenían hasta entonces, con la promesa de que pasados los seis años rigurosos de labor podrían regresar a su país y enlistarse nuevamente en las filas austriacas o permanecer en México, donde se les proporcionaran terrenos para asentarse definitivamente. Y en el lamentable caso de que el militar falleciera en cumplimiento de su deber o tuviera algún grave daño físico, su familia y él contarían con una pensión otorgada por el gobierno. (Hamann, 1989, pp. 64-65). Además se les mencionó que solamente librarían una que otra batalla y se dedicarían a disfrutar del apogeo que se le auguraba al imperio.

Con lo anterior se entiende que solicitar hombres solteros tenía como propósito estimular la política matrimonial con mexicanas y arraigarlos como ciudadanos, además no se dejaría sin protección económica a mujeres casadas y con hijos. De tal manera que, con el paso de los años, se pudiera pensar en una política que favoreciera la entrada de estos extranjeros para poblar tierras mexicanas.

Se enlistaron hombres que provenían de distintas partes del territorio austro-húngaro, por lo tanto la variedad de concepciones culturales y regionales se hicieron patentes, desembocando en una gama de problemas al interior del ejército, un ejemplo de ello fue que "el regimiento de húsares únicamente debería componerse de magiares, y cualquier alemán o checo, a pesar de que fuera un excelente jinete, era rechazado con el soberano desdén que los húngaros siempre tienen para cualquier *Schwab* (no

húngaro)", (Eggers, 2005, p. 28). Por lo tanto, los húsares reclutaron húngaros, los polacos destinaron a la caballería y los provenientes de Bohemia a la artillería.

Las particularidades del idioma no se hicieron esperar y a pesar de que el alemán era el oficial, el que más se usó fue el húngaro y la mayoría hablaba un dialecto muy específico. Existieron constantes enfrentamientos entre húsares, belgas y franceses, sin embargo, los primeros dos grupos hicieron un frente unido contra los terceros.

Solo aquellos que formaban parte del ejército activo de Austria pudieron aspirar al cargo de oficiales, en tanto que los demás únicamente se conformaron con ser soldados rasos, a pesar de tener conocimiento y adiestramiento militar. Una descripción sobre el cuerpo de voluntarios menciona que "oficiales despedidos, comerciantes, artistas, literatos y funcionarios fueron mezclados con artesanos, trabajadores, vagabundos, mendigos y vagos" (Eggers, 2005, p. 27).

Los voluntarios contaban con motivos particulares que los llevaron a tomar la decisión de unirse al cuerpo militar, la pobreza y el desempleo pudieron ser dos de las causas principales, sin embargo, existieron casos en los que las causas fundamentales fueron problemas familiares e incluso no se debe desdeñar el espíritu aventurero. Los dos últimos postulados se cumplieron en el caso del príncipe Karl Kevenhüler *y el barón Henrik Eggers, quienes dejaron impresas las memorias de su viaje a México, detallando sus proezas y andanzas en cumplimiento de la pacificación del país.*

Karl Kevenhüler detalla que su ingreso al cuerpo de voluntarios fue por sugerencia de su madre, con el propósito de resolver los problemas económicos a los que se enfrentaba su hijo y que, al mismo tiempo, la distancia lo llevara a abandonar la idea de un matrimonio no aprobado por su familia. Por su parte, Henrik Eggers en pro de su espíritu aventurero planeaba conocer Norteamérica, pero al enterarse sobre el cuerpo de voluntarios, decidió marchar a Austria y enlistarse para apoyar la campaña de Maximiliano.

Existieron diversos centros de reclutamiento, pero todos los soldados que fueron aceptados se trasladaron a Leibach y, de acuerdo con Eggers, la mayoría de los que llegaron fueron de "Polonia, Italia y Alemania [...] vistieron el uniforme común [...] pantalones bombachos rojos que llegaban hasta la rodilla, una camisa azul marino, un gorro rojo, una capa con capucha color marrón, y polainas y zapatos de cuero amarillo" (Eggers, 2005, p. 27).

Durante la estancia en Leibach los hombres que conformaron el cuerpo de voluntarios fueron disciplinados con severidad durante las horas de entrenamiento, pues quien no cumpliera cabalmente con su instrucción podía ser azotado por su superior. En los momentos libres los soldados gozaron sin ningún tipo de restricción, lo pasaron en tabernas, jugando o disfrutando de espectáculos culturales donde gastaron su dinero con rapidez.

Como parte de su instrucción militar se crearon grupos de veinte hombres a quienes se les enseñó el idioma español y se les proporcionó información geográfica de México con el objetivo de prepararlos para enfrentar a un ejército de liberales que se encontraba en un territorio desconocido y poderse

comunicar con cierta facilidad; sin embargo, estos propósitos no fueron cumplidos puesto que "de un grupo de 10, no había uno solo que tan siguiera pudiera decir: 'Buenos días'" (Eggers, 2005, p. 31).

Al partir de Europa fue necesario que el contingente de voluntarios se dividiera y mientras un grupo salió del puerto de Trieste, otros fueron trasladados a Francia en ferrocarril donde se embarcaron en Saint Nazaire.

¿TIERRA DE OPORTUNIDAD O MUERTE?

Los barcos que trajeron a México al cuerpo de voluntarios arribaron por Veracruz y fueron recibidos por los militares egipcios que sirvieron a Maximiliano, como cortesía que el Cairo proporcionó a Napoleón III. Posteriormente se trasladaron por ferrocarril hacia el centro del país.

El ejército que llegó de Saint Nazaire se encontró ante la imposibilidad de avanzar en el territorio sin armas, las cuales viajaron en otro barco y en ese momento se encontraban lejos de ellos. La forma en que fue solucionado este inconveniente fue que en Veracruz recibieron "algunos viejos fusiles españoles de chispa que parecían haber sido utilizados por Cortés [...] resultaban más peligrosos para quienes los portaban, que para el enemigo [...] al menos tenían puestas las bayonetas" (Eggers, 2005, p.46).

El cuartel de los húsares se estableció en la ciudad de Puebla probablemente por su cercanía con la capital del Imperio, además de que las construcciones urbanas fueron del agrado de los extranjeros, llegaron a comparar la ciudad con las europeas; los fuertes de Loreto y Guadalupe sirvieron para combatir y atacar a las tropas de Juárez; también fue determinante la aceptación y apoyo de los habitantes a los emperadores. La siguiente cita muestra un panorama general de la vida cotidiana de los militares extranjeros en la Ciudad Angélica:

> [En Puebla] estableció su residencia el conde Thun y su estado mayor [...] Los almacenes y depósitos y todas las instalaciones del cuerpo de voluntarios también [...] me encontré con muchos amigos, principalmente con los que eran médicos y oficiales. Como continuamente arribaba un gran número de heridos y de convalecientes, los cafés y los teatros se animaban con la alegría de los soldados [...] el cuerpo constantemente recibía de Austria los vinos más exquisitos de Hungría, los que al suministrársenos a precios accesibles, contribuían a hacer nuestra estancia en México más agradable (Eggers, 2005, p.87).

A los militares extranjeros se les hospedó en diversas casas particulares, por ejemplo, la que habitó Kevenhüler costó 18 pesos al mes y "disponía de una habitación y un cuarto de servicio" (Hamann, 1989, p. 121). Las casas en que vivieron estos oficiales, se encontraban en el barrio de San Francisco, otras más eran aledañas a los conventos de la Concepción y Santa Catalina. Las rentas de dichos edificios variaron mucho, pues iba desde los ocho pesos mensuales, como la propiedad rentada por

Manuel G. Lara, hasta los cuarenta pesos que pagaba Francisco Ruíz. Muchas de estas casas fueron arrendadas por mujeres que vivieron de esas mensualidades, de tal manera que civiles y religiosas de los conventos de la Concepción o de Santa Catalina se ayudaron de las pensiones que los oficiales y soldados pagaron.

Pero la presencia de tropas extranjeras, especialmente a los húsares, no siempre fue bien recibida: las religiosas de la Concepción dejaron huella del rechazo hacia los extranjeros austriacos. En un ocurso presentado por su administrador de rentas, el señor Luis D. Joaquín María de Uriarte, solicitaron que la casa propiedad de ellas no fuera ocupada por las fuerzas austro-mexicanas y fuera cedida a los franceses (Archivo General Municipal de Puebla, *Expedientes*, tomo 26, fs. 276-337).

El historiador Konrad Ratz proporciona un hecho donde se hace patente otra desavenencia entre austriacos y poblanos, la cual se imputa al particular carácter del general Thun, a quien se tacha de inflexible y autoritario: "[El] 17 de marzo de 1865 la población díscola se manifestó en las calles contra la nueva guarnición. Los disturbios degeneraron en tiroteos. Thun mandó detener a los cabecillas de las manifestaciones y ponerlos ante una corte marcial, lo que encendió los odios de la población" (Ratz, 2008, p. 115).

Las Plazas de San Luís y San Francisco fueron los sitios designados para pagarles a los milicianos y venderles artículos como cigarros, galletas, uniformes y equipo de campamento en general (Archivo General del Estado de Puebla, fs. 4). Diversas construcciones que anteriormente fungieron como espacios religiosos quedaron disponibles ante la Ley de Desamortización de Bienes Eclesiásticos para ser compradas por civiles o que el gobierno les destinara algún uso y terminaron fungiendo en la etapa intervencionista como cuarteles o almacenes de artillería.

Los emperadores pasaron dos veces por la Ciudad Angélica. En la presente investigación, se indagará únicamente en la segunda, realizada el 12 de junio de 1865 con el propósito de hacer un viaje que duró 14 días, los cuales aprovecharon para visitar los baños de azufre. Fueron escoltados por un cuerpo de 140 húsares que los custodiaron de México a Puebla, realizando una parada en Amozoc. Las casas de los poblanos se adornaron nuevamente, los emperadores y su corte se hospedaron en casa del Obispo. Luego de su llegada presidieron la celebración de un desfile de militares por las calles.

El periódico *La idea liberal* refirió que "La ciudad se cubrió otra vez de puertas triunfales y de flores, las multitudes eran imponentes, los gritos de 'viva' estrepitosos, mucho más que a la entrada del emperador" (Biblioteca José María Lafragua, 1864). Y en medio de estos festejos los monarcas realizaron la bendición de estandartes militares tanto de caballería como de infantería, otorgaron condecoraciones al cuerpo de voluntarios, asistieron a misa y después del desfile se culminó con un gran baile que tuvo fin hasta las siete de la mañana del día siguiente.

De acuerdo con los datos proporcionados por Eggers, el cuerpo de voluntarios se conformó de cazadores, escuadrones de húsares, caballería, zapadores, músicos y artillería técnica. Aunque en esta descripción no se menciona, también existió un cuerpo de médicos y farmacéuticos que, por decreto

del emperador, en 1866 fue disuelto y se unió a los militares mexicanos que lucharon por la causa imperial, con el propósito de mejorar el "servicio sanitario del Ejército, para que los militares enfermos tengan la asistencia conveniente, y de estimular a los oficiales de sanidad para el buen desempeño de su importante misión" (Archivo General Municipal de Puebla, *Leyes y decretos*, tomo 26, fs. 206-209). De ahí que los médicos fueran asignados a curar a los enfermos, mientras que los farmacéuticos desempeñaron su profesión cuando apoyaron a los doctores en ambulancias y hospitales.

El cuerpo de sanidad quedó bajo el mando de los jefes y comandantes de plaza, quienes a su vez dependieron del Ministro de Guerra y el Consejo de Sanidad que se conformó por un inspector general y tres médicos del farmacéutico que se nombró como principal; estos se encargaron de velar por el aseo y el orden, evitar abusos contra los oficiales, hacer propuestas para enfrentar una epidemia, asignar premios y ascensos, realizar la labor administrativa, estudiar a profundidad la topografía de diversos lugares, incentivar las investigaciones científicas y, por supuesto, cuidar de los enfermos.

Los médicos principales dirigieron los hospitales militares de cabecera fungiendo como la articulación entre médicos y farmacéuticos con el Consejo de Sanidad. Los médicos de primera clase fueron jefes de servicio en hospitales de segundo orden, ambulancias y cuerpos especiales, mientras que los de segunda clase estuvieron en la tropa, hospitales y ambulancias. En tanto, el farmacéutico principal dirigió el servicio de medicinas más importante (Archivo General Municipal de Puebla, *Leyes y decretos*, tomo 26, fs. 206-218).

Probablemente estas disposiciones favorecieron la inserción de los extranjeros en la sociedad mexicana, eliminando su aislamiento en cuerpos especiales que destacaron por su carácter de foráneos, los cuales se distinguieron por su afán intervencionista y no por el apoyo para incentivar el poderío del imperio que buscaba llevar la modernidad y civilidad a los mexicanos.

Con el propósito de alentar el arraigo de los militares extranjeros en el país, Maximiliano decretó el 20 de junio de 1866 una serie de incentivos que favorecieron su estancia. A aquellos que desearan quedarse se les premió con tierras según su rango militar:

> a los sargentos, cabos y soldados [...] se les entregará gratis un lote de 20 hectáreas; a los oficiales otro de 30, y a los jefes de Teniente Coronel arriba otro de 50. Además recibirá cada uno un solar para que construya su habitación, sujetándola a la planta o alineamiento que se establezca en el plano que se levante para la nueva población que ha de formarse (Archivo General Municipal de Puebla, *Leyes y decretos*, tomo 26, f. 2692r).

Como puede observarse, la intención del gobierno fue crear y fomentar colonias de militares franceses, belgas y austriacos en distintos puntos del Imperio, donde construyeran sus hogares y cultivaran distintos tipos de siembra, eliminando sus privilegios de extranjeros pues se nacionalizarían mexicanos.

Se facilitó la expedición de actas de naturalización a extranjeros que demostraron contar con algún oficio, sobre todo si habían servido a los emperadores para pacificar a la nación y solo se restringió este documento a quienes tuvieran alguna nacionalidad que se encontrara en guerra con México. No se debía pagar algún tipo de honorario por el acta pues los sellos los proporcionaría el gobierno y se especificó que al naturalizarse se debían sujetar a las leyes del país. (Archivo General Municipal de Puebla, *Leyes y decretos*, tomo 27, f. 15r).

FARKAS. UN CASO PARTICULAR

El arribo de tropas extranjeras al país motivó una división en los sentimientos de los mexicanos, pues mientras unos pensaron que la pacificación combinada con ideas europeas favoreció el arribo de México a la modernidad, otros pensaron que la acción intervencionista se convirtió en un retroceso a la libertad y por lo tanto se despreció a la corte y sus ejércitos.

Es necesario señalar que la gran cantidad de guerras en que vivieron los mexicanos del siglo XIX motivaron que estos únicamente buscaran llevar una vida más o menos tranquila y sobrellevar la situación. Las fiestas y bailes –privados y públicos– no se hicieron esperar, así como la serie de amenidades lúdicas y culturales que se realizaron en el Zócalo, al menos en la ciudad de Puebla, donde incluso las sinfónicas tocaron música austriaca que deleitó a sus nuevos habitantes.

Fue en estos espacios de entretenimiento donde la población se relacionó con la tropa, quienes disfrutaron del juego como el rentoy[2] y los albures que se conjugaron con las festividades (Archivo General Municipal de Puebla, 1884). Algunos oficiales de altos rangos lograron relacionarse con las familias adineradas, convirtiéndose en el ideal de marido para las decentes señoritas poblanas, sin embargo, es necesario hacer énfasis en que fueron los militares franceses los más socorridos en este mercado matrimonial, pues en tanto que las mujeres cedían su dote, los hombres aportaron el "buen" apellido y ciertos rasgos físicos que, al ser heredados por sus descendientes, mantendría a estos en un círculo social elitista y cerrado.

En contraste con el ambiente de festividad que se profesó sobre todo ante el paso de los emperadores, la guerra que se hizo contra los republicanos fue constante y, por supuesto, la desconfianza hacia los extranjeros no esperó, debido a que al ser considerados como intervencionistas que desafiaron al general de la población, y en algunos casos cometieron una serie de excesos en el campo de batalla con los prisioneros de guerra y en los tribunales militares que se encargaron de enjuiciar a muchos civiles.

Ese contexto, combinado con la propensión a degustar gran variedad de bebidas embriagantes y la incapacidad de comunicarse por no saber hablar correctamente el español, acrecentó la xenofobia de los mexicanos, sobre todo si no se encontraban intérpretes que lograran crear un círculo lingüístico

[2] Juego de naipes que se juega entre 2, 4, 6 y a veces, 8 personas. Se dan tres cartas a cada una y después se descubre la inmediata, la cual queda por muestra, y, según el palo que sale, son los triunfos de aquella mano. La malilla es el dos de todos palos, y esta es la que gana a las demás cartas.

donde ambas partes comprendieran lo que el contrario deseaba expresar. De ahí que en diversas ocasiones los malentendidos entre nacionales y extranjeros sucedieron y culminaron trágicamente como fue el caso del voluntario austriaco Farkas del 5º escuadron.

La serie de acontecimientos que motivaron el deceso de Farkas ocurrieron en Tehuacán el 20 de septiembre de 1865 a las 11:45 de la noche. A decir del intérprete Don Estevan Kulmer, quien tradujo las declaraciones de los milicianos austriacos que participaron en el hecho, Wenceslao Hirsch, el bohemio Zauser y el húngaro Daniel Pavril, se recopiló que el día del homicidio a las 9:30 de la noche llegó el herrador Farkas a Tehuacán, donde se reportó con su superior y mencionó que horas antes en el camino había muerto su caballo y que estando hambriento y cansado fue a cenar. Tiempo después solicitó licencia para asistir a un café donde descansaría jugando billar y alegó que le era necesario despejarse diciendo: "Hoy es preciso que juegue ya que pasado mañana marcho al enemigo y quién sabe si vuelva" (Archivo Histórico Jucicial de Puebla).

Como ya se ha mencionado con anterioridad, los soldados dispusieron de su tiempo libre desde su reclutamiento en Leibach, por lo que no es de extrañarse que el permiso le fuera concedido y mucho menos si se toman en cuenta las grandes dificultades a las que se enfrentaron en México, elementos que motivaron la muerte de muchos voluntarios que se hallaron en una crítica desventaja geográfica, militar e incluso de empatía con los habitantes del país.

Retomando nuevamente las declaraciones emitidas por los soldados, el herrador Farkas fue a un café ubicado en la plaza principal en compañía del talabartero Zauser y el sastre Fabri y más tarde los alcanzó el sargento Hirsch. A su ingreso en el café, Farkas solicitó una bebida y que se le dejara jugar billar, pero debido a las altas horas de la noche que eran y que se prohibió el billar, Ladislao Cacho, dueño del establecimiento, negó a los milicianos su solicitud, por lo que el sargento habló con el cafetero para lograr convencerlo y prestó dinero a Farkas para poder pagar.

El sargento tuvo que salir por un momento al sanitario y, a decir de las personas que se encontraban en el café, Farkas se sobresaltó y comenzó a insultar a los mexicanos que estaban ahí. Sus compañeros Zauser y Fabri lo sacaron por la fuerza del establecimiento, pero aun afuera Farkas siguió insultando a los que estaban adentro. Tanto Zauser como Fabri corrieron a su cuartel a buscar al sargento, a quien no encontraron. En tanto, el dueño del café solicitó la ayuda de los veladores, puesto que el militar austriaco había comenzado a romper los vidrios del establecimiento.

Acudieron al lugar los veladores Juan Pastrana, José Ignacio León, Antonio Bora (quien era policía) y Rosalío Cruz. En ese momento llegó el sargento Hirsch, quien notó que atacaron a Farkas y se realizaron disparos al aire en su defensa: sacando pistola y espada en mano, los voluntarios que acompañaban a Farkas pelearon contra los veladores. Los disparos de advertencia realizados por la gendarmería complicaron la acalorada situación, ya que Hirsch y Farkas pensaron que les estaban disparando a quemarropa y contestaron el fuego sin dañar a los veladores. Fue entonces cuando José

Ignacio León, al sentirse agredido, junto con Bora y Cruz dispararon a los austriacos y el enfrentamiento culminó con la muerte de Farkas por una bala que le dio en el corazón.

De acuerdo con la descripción del cadáver, el hombre "está vestido con la bluza (*sic*) militar azul, un pantalón de cuero y con botas; el sombrero se encuentra una vara distante de la cabeza en el suelo y debajo el cadáver la capa morena" (Archivo Histórico Judicial de Puebla). El cuerpo de Farkas fue llevado al día siguiente al Cuartel del Carmen, ubicado en Tehuacán.

Al realizar un acercamiento más detenido a esta peculiar situación se puede desentrañar que el problema del lenguaje fue la causa principal que dio pie a los acontecimientos, debido a que el desconocimiento del español por parte de los austriacos y, por supuesto, el desconocimiento del alemán por parte de los mexicanos, promovió la exaltación de los ánimos, cuando no se comprendía lo que cada grupo estaba expresando.

No es de extrañarse entonces que, en las declaraciones realizadas por los austriacos, se mencione que desconocen la causa por la cual se les disparaba, pues aunque se encontraban conscientes de que Farkas era protagonista de un escándalo, su actitud no fue causa suficiente para que fueran baleados. Mientras que en el caso opuesto, los veladores comentaron que realizaron disparos al aire para apaciguar la situación, sin embargo esto solo motivó a que sus oponentes se volvieran más bravos y resistentes en su defensa.

Son reveladores los comentarios expresados por los húsares, puesto que el oficial Fabvri mencionó que el dueño del café no quiso servirles la bebida ni dejarlos jugar al billar, haciendo énfasis en el desprecio que los mexicanos les expresaban, más aún, el sargento Hirsch destaca en sus observaciones que:

> Yo no me disputé con nadie, fue muy sorpresa al oír los tiros y desenvainé mi sable a la propia defensa; en cuanto yo pude recabar de la conversación de los paisanos presentes en el café, estos no tienen muchas simpatías por nosotros austriacos, además conocieron ya el buen resultado de nuestro último combate y creo que esto fue el motivo porque nos pegaron balazos (Archivo Histórico Judicial de Puebla).

Por su parte, los veladores mexicanos hicieron énfasis en la ferocidad con que combatieron los austriacos y, lejos de parecerles que luchaban por su vida, pensaron que eran simples alborotadores que buscaban pleito, de tal manera que la fiereza con que lucharon los austriacos solo se podría atribuir a que se encontraban en estado de ebriedad.

Ante la dificultad por parte de las autoridades para hallar y hacer comparecer a los oficiales austriacos, debido a que eran enviados constantemente a batallas militares acontecidas en Tehuacán y Palmar, se retrasó el juicio realizado al velador José Ignacio León, quien ante la aparente falta de interés del cuerpo de voluntarios por querer declarar y amparándose en la afirmación de que cumplía con su deber, fue absuelto y salió libre pagando una fianza.

Es necesario hacer notar que, a pesar de que en las declaraciones no se menciona el resentimiento hacia las tropas intervencionistas, su participación la cotidianidad del país no fue aceptada por los mexicanos, quienes vieron con recelo a la otredad de quienes –según su parecer– más que ser viajeros, se encontraban sometiendo a la población a una nueva administración dependiente de Europa y particularmente de Francia.

LA CAÍDA DEL IMPERIO

Cuando el cuerpo de voluntarios austriacos notó que el territorio imperial era enorme y desconocido para ellos fue grande su desaliento y desilusión. Al ser reclutados se les dijo que solo librarían pequeñas escaramuzas y se dedicarían a disfrutar de lo exótico de las nuevas tierras, pero el panorama fue muy diferente al enfrentar batallas pues los mexicanos no tenían las mismas técnicas de combate y, por lo general, perdían ante las tácticas de las guerrillas.

Para 1866 comenzó la caída del imperio y en diciembre de ese año Maximiliano decretó la disolución del ejército austro-belga, expresando sentidamente:

> Con singular complacencia recordamos los buenos servicios que habéis prestado a nuestro gobierno con inequívoca lealtad; constantemente tenemos en la memoria los magníficos hechos de armas que en el suelo mexicano honraron las armas de nuestra patria; y reconocemos con gratitud al verdadero mérito militar y la lealtad que os conquistaron la estimación de todos los mexicanos, sin exceptuar a nuestros mismos enemigos (Basch, 2003, p. 108).

El emperador invitó a quienes quisieron proseguir en batalla a enlistarse en el ejército imperial y aquellos que desearan abandonar el país serían trasladados por parte del gobierno a su patria. Por lo tanto, los militares debieron declarar cuáles eran sus intenciones, solo los oficiales superiores pasarían automáticamente al ejército imperial y los que desearan participar en él obtendrían el grado superior al que cursaron.

Este decreto obedeció también a la imposibilidad de seguir costeando tal ejército por parte del imperio. Los miembros del cuerpo de voluntarios fueron excusados de tener que cumplir con los 6 años de servicio en México a los que se habían comprometido, sin embargo, este no fue el caso de los belgas, quienes únicamente fueron reclutados por dos años, tiempo que se había cumplido cabalmente en la emisión de este decreto y por lo cual rápidamente partieron al puerto de Veracruz con el propósito de repatriarse (Moyano, 2001).

El propósito de este decreto fue "la creación de un ejército puramente nacional licenciando las tropas extranjeras [...] no había de intentarse la tan deseada pacificación sino por obra de las fuerzas

nacionales" (Basch, 2003, p. 110). Claro está que el emperador se percató de la gran desventaja en la que se encontraba: Juárez adquiría fuerza en algunos estados, se retiraban las tropas francesas, constantes bajas del cuerpo de voluntarios aunadas al hambre que pasaron, el desconocimiento geográfico de tierras mexicanas, el deficiente armamento, la escasez de pago, la constante deserción de mexicanos de las filas imperiales y su paso a las republicanas, y la falta de recursos económicos en las arcas reales. Estos dos últimos puntos eran un problema constante desde el establecimiento del imperio y fueron aún más tajantes en su caída.

Enfatizando el problema de la deserción de mexicanos de las filas imperiales, a consideración de Samuel Bach, esta se realizó debido a la falta de profesionalidad de los nacionales, quienes al partir al campo de batalla llevaban consigo a sus mujeres e hijos, los cuales se dedicaron a proveerlos de alimento y curar a los heridos del ejército. Ante la preocupación de las familias por asegurar el bienestar de sus hombres, les aconsejaron cambiar al bando que a su parecer sería el ganador, dejando de lado la convicción de luchar por alguna causa, ya fuese imperial o republicana.

La mayoría optó por regresar con el ejército de su país, además de que el barón Lago y el señor Hoorinks se encargaron de convencer a los militares de optar por salvar sus vidas; solo unos cuantos permanecieron hasta la muerte del emperador, ya fuese por lealtad, espíritu aventurero o incapacidad de poder cambiar de bando debido a los problemas personales anteriores a su partida. Algunos voluntarios trataron de proteger a Maximiliano, tal fue el caso de los húsares Kevenhüler y Hammerstein, pero en un acto al parecer de protección a sus compatriotas, el emperador no quiso ser acompañado por ellos a Querétaro y les encargó la capital. Tarde fue cuando Maximiliano buscó su ayuda, pues el enviado Miramón, haciendo caso omiso de las órdenes recibidas, envió a los austriacos a otro lugar, acción que culminó con el fusilamiento del emperador en el Cerro de las Campanas.

A la partida de la ciudad Angélica, algunos de los que pertenecieron al cuerpo de voluntarios dejaron en México objetos olvidados que fueron aprovechados por los poblanos, al menos hasta el 20 de diciembre de 1866 cuando el secretario general Tirso Córdoba ordenó que "las personas que compren los referidos efectos o materiales, en cualquier punto que estén éstos, serán castigados por la justicia militar" (Archivo General Municipal de Puebla, *Leyes y decretos*, tomo 27, f. 72r).

Con la retirada de ejércitos de franceses y húsares se quedó pendiente el pago de deudas por el costo de la mensualidad de los militares y como algunos de ellos causaron destrozos en las propiedades rentadas, los dueños de las casas presentaron sus pólizas ante el gobierno para comprobar y tener credibilidad en lo expuesto, y pensaron que solo así se lograría que les fuera reembolsado el monto reclamado.

Como ejemplo se expone la descripción del inmueble del señor Manuel García Teruel sobre el estado de deterioro de la casa número 2 de la calle Misiones que alojó a expedicionarios del ejército francés, quienes en su estancia causaron daños a la propiedad, a la cual le "faltan hojas de puertas, chapas y todas las pinturas de las piezas de patios" (Archivo General Municipal de Puebla, *Expedientes*, vol. 165, f. 298r).

Pocos voluntarios se quedaron a establecerse en México y la mayoría regresó a Austria, pues como lo menciona Eggers, quien fue uno de los que pensó en no regresar a Europa, tuvo que cambiar de parecer debido a el decreto de expulsión de extranjeros que emitió el presidente Juárez. Partió rápidamente a Veracruz, donde encontró a muchos otros oficiales franceses, belgas y austriacos que como él abandonaban el territorio.

Antes de ser fusilado Maximiliano escribió en una carta, que su herencia fuera ocupada para sufragar los gastos de repatriación de austriacos y belgas, y además se ofreciera una cantidad a viudas y heridos que hubieran resultado de las batallas libradas con los juaristas; sin embargo, tal petición no se llevó a cabo: Brigitte Hamann menciona la serie de disturbios ocurridos en Austria por parte de los voluntarios que regresaron exigiendo una indemnización, la cual finalmente se otorgó por parte de una sociedad de beneficencia, pero la ayuda prestada fue mínima.

Aquellos que pertenecieron al cuerpo de voluntarios austríacos sintieron que su participación en territorio mexicano les brindó honor por pelear al lado del emperador Maximiliano y aunque en Austria los grados obtenidos no se les validaron, en algunas de las lápidas de estos hombres se observan los rangos que obtuvieron en aquel país extraño.

CONCLUSIONES

Al arribo de Maximiliano a México el nuevo emperador se percató de la difícil y peculiar situación en la que se encontró su imperio, sobre todo buscó imperiosamente pacificar las distintas zonas que se encontraban en conflicto y para lograrlo se valió de la ayuda militar extranjera prestada por su familia, aunque su visión ambiciosa de crear un ejército mexicano que por convicción luchara por sostener el territorio nunca desapareció e incluso se la llevó a la tumba.

En cuanto al peculiar cuerpo de voluntarios es interesante notar que sus características particulares fueron un arma de dos filos. Fortaleza en cuanto a que, a pesar de sus diferencias socio-culturales, los unió el espíritu de aventura, su convicción por la causa o simplemente la búsqueda de un futuro mejor en tierras exóticas. Sin embargo, las diferencias de lenguaje y mentalidad fueron patentes, circunstancias se aunaron a la desventaja del desconocimiento geográfico del país, las enfermedades que les propició el trópico, la xenofobia a los extranjeros y, por supuesto, la incapacidad de aprender el idioma español.

La sociedad mexicana vio con desdén a las tropas austriacas por dos razones: ser parte del ejército intervencionista que sometió a una nación que décadas antes, con esfuerzo, gozó de ser independiente, compitiendo en el concierto de las naciones por un lugar privilegiado; en segundo lugar, fueron considerados como germanos bárbaros con escaso refinamiento que poco podían hacer por el desarrollo civilizatorio.

En México los soldados extranjeros fueron mal vistos por los mexicanos, con excepción de los franceses, quienes gozaron de una buena reputación simplemente por provenir de la cuna de la modernidad y civilidad. Estas ideas afrancesadas que permearon en la alta sociedad poblana no compaginaron con las características de los voluntarios austriacos, quienes por su influencia germana fueron relegados a la noción de bárbaros a quienes no les importaban los modales y las buenas costumbres, principios de educación tan básicos e importantes para la élite mexicana.

El idioma fue para los austriacos una limitante trascendental en México, debido a que la mayoría solo pudo aprender unas cuantas palabras del español, se daban a entender, a medias, por medio de señas. Este problema provocó una serie de malentendidos que en el peor de los casos culminó con la muerte de los extranjeros, evidenciando que no existió una inserción o arraigo a la nueva tierra.

REFERENCIAS

Archivo General del Estado de Puebla. (s. f. [17 de febrero]). *Boletín oficial*, tomo 1. Puebla, México.

Archivo General Municipal de Puebla. (1884). *Diccionario de la lengua castellana*. Puebla, México.

Archivo General Municipal de Puebla. (s. f.). *Expedientes*, vol. 165. Puebla, México.

Archivo General Municipal de Puebla. (s. f.). *Leyes y decretos*. Puebla, México.

Archivo Histórico Judicial de Puebla. (s. f.). *Penal*, expediente 50273. Puebla, México.

Basch, S. (2003). *Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*. México Universitario.

Biblioteca José María Lafragua. (1864). *La Idea Liberal*. Puebla, México.

Díaz y de Ovando, C. (2004). *El perdón de los belgas o el canje de los prisioneros belgas, 1865*. UNAM.

Eggers, H. (2005). *Memorias de México*. Porrúa.

Elías, N. (1998). *El proceso de la civilización*. FCE.

Everaert Dubernar, L. (2004). La desunión del ejército plurinacional del Imperio Mexicano. En P. Galeana (coord.), *Encuentro de liberalismos*. UNAM.

Farge, A. (1991). *La atracción del archivo.* Alfons el Magnànim.

Hamann, B. (1989). *Con Maximiliano en México: del diario del príncipe Karl Kevenhüler, 1864-1867*. FCE.

Hernández Ceja, A. e Higareda Rangel, Y. E. (2018). Teorías de la migración: historia, etnicidad y género. *Vínculos. Sociología, análisis y opinión*, (12), 207-219.

McNeill, J. R y McNeill, W. H. (2004). *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Crítica.

Moyano, Á. (2001). La expedición belga al imperio de Maximiliano. *Historias*, (49), 67-82.

Pani, E. (2004). *El Segundo Imperio. Herramientas para la Historia*. FCE.

Ratz, K. (2008). *Tras las huellas de un desconocido, nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo.* CONACULTA; INAH; Siglo XXI.

de la Torre Villar, E. (1998). *La intervención francesa a través de la correspondencia de sus mariscales.* UNAM.